

Relaciones maduras

Convivir en sociedad puede ser una experiencia gratificante, enriquecedora o placentera y al mismo tiempo tensa. Y esto es posible, porque vivir con otros puede generar conflictos, diferencias, malos entendidos, problemas dentro de una misma sociedad, comunidad o incluso con otras sociedades o comunidades, encubriéndose en esa tensión, intereses propios.

Un modo que ha encontrado la sociedad moderna para regular las relaciones, ha sido mediante la implementación de normas y leyes convirtiéndose, al mismo tiempo, en instrumentos de orden para las sociedades. ¿Por qué? Porque ante todo, somos una especie donde nuestras mociones o impulsos, agresivos o violentos, deben ser reconducidos y regulados o educados, para vivir en sociedad.

Si las leyes, ordenan, regulan, limitan, las relaciones sociales, de qué modo se incorporan en las personas, complementan y garantizan la supervivencia humana. Se puede tomar como ejemplo, una escena cotidiana en la que un bebé deba esperar a su madre para comer o jugar en ocasiones, donde “esperar” es una condición de su entorno: aprende a internalizar límites, normas, a regular la frustración y a ser más tolerante. El bebé, aprende que “no siempre” tendrá lo que quiera cuando lo quiera. Si solo tomara lo que quisiera, estaría en dificultades con otros chicos o adultos cuando creciera. Entonces, el instinto humano o los impulsos humanos son educados con los otros.

Otro modo de plantearlo sería, que nacer implica ganar la vida y al mismo tiempo perder o resignar nuestros instintos, en pos de la supervivencia de la especie humana e inserción y adaptación de la vida social, la vida con otras personas.

Desde esta perspectiva, es que se puede suponer que las relaciones con las personas, implica una tensión con los otros y que el encuentro siempre encubre un conflicto, de intereses personales. Como aquel bebé, que quiere comer o jugar y tuvo que esperar. Si aprende que su deseo puede ser demorado, posiblemente, aprenderá que el entorno se presenta con otro ritmo y otros tiempos y más importante aún, que no siempre obtendrá lo que pretende de él. Entonces, aprende a regular sus necesidades y posteriormente, sus deseos, creciendo con mayor tolerancia al entorno y los otros, al mismo tiempo que no siempre podrá tomar lo que quiere, internaliza límites, en un escenario de ensayo y error que le permite adaptarse a las circunstancias, normas y leyes propias de la sociedad en la que está creciendo y tal vez, madurando.

Tomando en consideración esta perspectiva, se podría preguntar a qué remite que las sociedades sean más agresivas o lo sean menos. En principio, se podría suponer que las sociedades que se registran más violentas es porque evidencian una falla en la regulación de sus modos de relacionarse, que evidencian una inadecuada internalización de las normas y, por lo tanto, su crecimiento y desarrollo dependerá del grado de maduración, o dicho de otro modo, de la capacidad de regular sus necesidades y frustraciones, así como las del bebé, que a mayor capacidad de adaptación con la sociedad, tendrá mayor capacidad de relacionarse con otros

niños y luego adultos. Desde luego, pensar a la sociedad como un sujeto, implica el análisis de múltiples factores que pueden generar problemáticas en ella, al igual que el análisis de los modos en que se vinculan las personas.

Las personas y las sociedades maduras, serán aquellas que puedan generar gratificaciones en el encuentro con otras, porque serán más tolerantes con las diferencias, porque soportarán la demora de sus necesidades y deseos en pos de un encuentro aún más placentero y satisfactorio, encontrando la contención en la vida social misma.

Carolina Balmaceda.

Lic en Psicología. MP 62177.